

El progreso de la fragilidad social: de la sociedad industrial a la sociedad de la información

CARLOS LOZANO ASCENCIO

carlos.lozano@urjc.es

Universidad Rey Juan Carlos

Resumen

Es habitual que se hable de los riesgos y de los peligros para caracterizar a nuestras sociedades contemporáneas, pero por lo general, en esa clase de generalizaciones se suele aludir a situaciones de inestabilidad social que en el fondo son mucho más complejas de lo que parecen y que no siempre se han delimitado ni se han podido controlar con la sola previsión; los conocimientos y las tecnologías disponibles, tanto en la sociedad industrial como en la sociedad de la información, no han reducido los niveles de fragilidad social; y más aún, las apreciaciones que hacen los individuos a propósito de las situaciones inestables suelen incrementar históricamente los niveles de vulnerabilidad real, sobre todo porque se dejan influenciar por el punto de vista de los medios de comunicación.

1. Lo vulnerable

“Vulnerable”, si atendemos a la definición de la RAE, es aquella persona que puede ser herida o recibir lesión, física o moralmente; esta aproximación supone que un sujeto sabe que está expuesto a algo que le amenaza, es decir, lo “vulnerable” (ya sea un individuo, un objeto material o una sociedad) no sólo está o pone en peligro su propia estabilidad sino que además tiene la capacidad de advertir previamente que puede ser afectado o que es susceptible de padecer un daño. En este sentido, nadie es vulnerable a cualquier cosa sin saberlo antes, ni tampoco nada es vulnerable a cualquier cosa en tanto que los sujetos implicados estén en condiciones de anticipar su conocimiento disponible al respecto.

Es cierto que los sujetos, de las distintas sociedades a lo largo de la Historia, han aprendido, no sin penosas dificultades, a percibir toda clase de eventualidades (naturales y

sociales) que han puesto en peligro su propia estabilidad, pero no siempre se han percibido dichas eventualidades de la misma manera y, desde luego, no siempre los sujetos se han enfrentado a ellas con el mismo nivel de conocimientos disponibles, por lo tanto: a cada época histórica, y su consecuente nivel de desarrollo científico y tecnológico, le corresponde una manera diferente de percibir y prever la inestabilidad social. En un principio, los grupos humanos, sin apenas lenguaje ni conocimientos, fueron capaces de percibir de los entornos circundantes lo que más afectaba a su estabilidad (léase supervivencia) motivados por sus propias destrezas sensitivas y, sobre todo, por su innata capacidad para sentir miedo. Dicha angustia o perplejidad anímica, compartida con el reino animal, guiaba a aquellos hombres a recelar por si sucedía algo diferente de lo habitual. El miedo ayudó a aquellos hombres a sobrevivir a los avatares de la inclemencia y a evolucionar como especie, y aunque los temores nunca se han extinguido seguimos teniendo y manifestando muchos miedos en plena cresta de la sociedad de la información; el miedo, no obstante, poco a poco dejó de ser la principal guía para advertir las situaciones de inestabilidad.

En la medida en que las sociedades comenzaron a ser más complejas, incrementando los niveles de comunicación, de relaciones de convivencia y de conocimientos disponibles, las percepciones del entorno también comenzaron a ser más complejas dando como resultado más información y conocimientos en relación a lo que ocurría y, sobre todo, en relación a lo que más podría afectar a la estabilidad vigente de esos grupos humanos. No está demás advertir que una de las primeras aportaciones de la cultura humana para saber identificar las situaciones de inestabilidad se llevó a cabo cuando se tuvo la posibilidad de percibir, con mayor abstracción y complejidad cognitivas, toda clase de peligros amenazadores; ahora bien, dichos peligros se percibieron, en un primer momento, mediante la utilización del conocimiento mítico procedente de las leyendas y las fábulas y después, de manera muy gradual, mediante la utilización del conocimiento científico.

No hay que olvidar que así como el miedo fue la principal y única guía que tuvieron los hombres del paleolítico para fijar sus sentidos perceptuales hacia la inestabilidad, la identificación mítica de los peligros también fue, para las primeras culturas neolíticas, la principal guía para poder percibir las situaciones de inestabilidad; ambas capacidades perceptivas, no obstante, no han desaparecido, no nos han abandonado, siguen entrando en juego y mezclándose con nuestras actuales capacidades perceptivas que nos ayudan a dilucidar las situaciones de inestabilidad. Desde que la humanidad comenzó a incorporar el conocimiento experimental disponible (contrastable y objetivable) para percibir e interpretar

las situaciones de inestabilidad se inició un largo camino para saber anticiparse a la incertidumbre; por lo tanto, si a cada época histórica le corresponde un nivel determinado de desarrollo científico y tecnológico, también le corresponde, lo decíamos más arriba, una manera determinada de percibir y prever la inestabilidad social.

En resumen, los peligros que han amenazado (y amenazan) la estabilidad social no han dejado de percibirse a lo largo de la Historia, sólo que a partir de las primeras manifestaciones culturales fueron mucho más decisivas las explicaciones mitológicas que las científicas. Hoy en día identificamos muchos más peligros que antes, pero el avance del conocimiento científico nos obliga a saber mucho más de dichas eventualidades y en tal caso poder identificarlas como vulnerabilidades o riesgos, esto es, como amenazas mucho más sofisticadas y, por supuesto, mucho más previsibles.

Entre la inestabilidad imprevisible (incertidumbre) y la inestabilidad previsible (vulnerabilidad o riesgo) existen muchos matices que gradúan la percepción de las situaciones de inestabilidad. Lo anterior supone que la percepción de las situaciones de inestabilidad ha dependido más del nivel de información y conocimientos disponibles en determinados momentos y/o escenarios concretos, que de la visibilidad, proximidad o inminencia de aquello que tiene la facultad de modificar destructivamente la realidad. Pensemos, por ejemplo, en los afectados, directamente implicados, en tres erupciones volcánicas devastadoras, que entre ellas mantienen una relativa equidistancia temporal: El volcán Thera (actual Santorini, en el mar Egeo, 1628 antes de nuestra era), el Vesubio (Pompeya y Herculano, año 79 de nuestra era), y el Nevado del Ruiz (Armero, Colombia 1985). Los sujetos que habitaban en los entornos afectados y que veían con sus propios ojos una montaña de fuego, empujados por el miedo y la percepción de incertidumbre, tuvieron que utilizar lo que en ese momento les aportaban sus propios dominios de supervivencia (recuerdos, experiencias, conocimiento mítico y empírico) que les ayudaría a interpretar y a evaluar la situación. Es evidente que, dependiendo de la época, las primeras interpretaciones y reacciones de los sujetos más implicados con esa eventualidad del entorno fuesen muy diferentes. Así, por ejemplo:

- a) La violenta erupción del volcán Thera se tradujo para los habitantes de la isla de Creta en la desaparición de su propia civilización (la minóica); es verdad que no existía experiencia ni conocimiento disponible sobre esta clase de fenómenos telúricos diecisiete siglos antes de nuestra era, razón por la cual se puede especular que la aniquilación total de esa cultura sólo se limitó a una lucha por la

supervivencia, dado que aquellos individuos se enfrentaron a algo totalmente nuevo y desconocido.

- b) Para los ciudadanos del Imperio romano del siglo I también fue muy difícil interpretar y evaluar lo que estaban viendo porque tampoco tenían experiencias concretas con las que pudiesen comparar lo que les estaba pasando, es verdad que podrían tener referencias mitológicas (la destrucción de la Atlántida, por ejemplo) pero que poco les sirvió para saber lo que tenían que hacer; de hecho, los famosos moldes con forma humana que configuró la lava volcánica en sus cuerpos son un triste testimonio del desconocimiento generalizado para saber anticiparse a los avatares del entorno.
- c) Para los colombianos del siglo XX se supone que fue un poco más fácil interpretar lo que estaban viendo porque sencillamente tenían mucha más información mitológica y conocimiento sobre las erupciones volcánicas, pero lo anterior no significó que la totalidad de los habitantes supieran anticiparse a las eventualidades; de hecho, de aquella catástrofe ha quedado para la Historia el recuerdo de Omayra Sánchez, una niña víctima a pesar de todos los esfuerzos técnicos y humanos quedó atrapada en un charco de agua, y encontró la muerte frente a las cámaras de televisión que retransmitieron en directo ese desenlace.

Lo que es común para las tres situaciones, incluyendo cualquiera otra en los tiempos que corren, es que en el momento más decisivo, en el que se opta por la vida o la muerte los comportamientos individuales y colectivos son muy parecidos, totalmente instintivos e irracionales con un solo objetivo: la supervivencia. Los sujetos, frente a las situaciones de inestabilidad, siempre se posicionan dentro de unos márgenes de previsión de acuerdo a distintos grados de intensidad con los que experimentan las implicaciones personales, y también de acuerdo a diferentes intervalos de reflexividad entre los estímulos y las reacciones que ponen en juego.

En la Figura 1 el lector puede observar la gradación de la percepción de las situaciones de inestabilidad que van desde la implicación individual, la cercanía y el desconocimiento hasta el reconocimiento social, la lejanía y el conocimiento científico. De esta figura podemos destacar que en la medida en que los sujetos se sientan más implicados y cercanos con la urgencia de la inestabilidad y que además se orienten básicamente por sus propias motivaciones instintivas detectarán la inestabilidad como un producto de sus propios miedos

y, lo contrario, en la medida en que los sujetos tengan la capacidad de interpretar la urgencia de la inestabilidad con mayores conocimientos tendrán más opciones de orientar su decisiones y acciones para atenuar e incluso para saber prever que dicha situación no desemboque en consecuencias mayores. Se puede apreciar en la Figura 1, que “Percibir peligros aquí y ahora” son las formas en las que los sujetos detectan las situaciones de inestabilidad en su momento vigente y dichas percepciones no están exentas de mezclar, en distintas gradaciones, la implicación individual y el reconocimiento social, la cercanía y la lejanía, el desconocimiento y el conocimiento, la imprevisión y la previsión, las formas básicas y las formas más sofisticadas de comunicarse, etcétera.

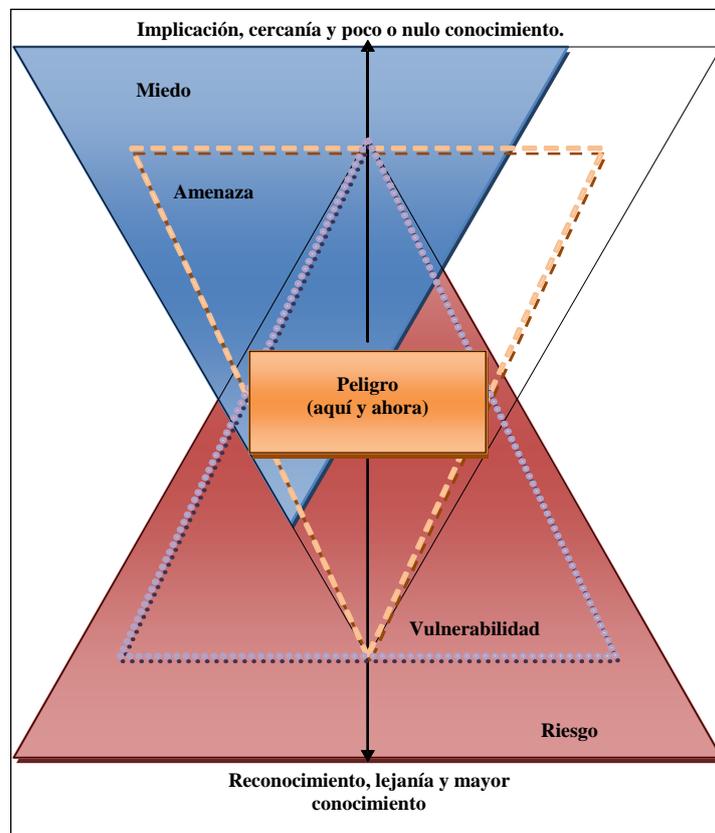


Figura 1

Evolución histórica de la percepción de las situaciones de inestabilidad: de la implicación individual, la cercanía y el desconocimiento al reconocimiento social, la lejanía y el conocimiento

2. La fragilidad social: inseguridad e incertidumbre

No sería muy acertado afirmar que las sociedades contemporáneas son mucho más inseguras que en tiempos pasados, dado que dicha aseveración daría al traste con varios siglos

de desarrollos científicos y tecnológicos, sin embargo, tampoco sería muy desafortunado decir que los individuos de nuestras sociedades actuales se sienten tanto o más inseguros que en otros tiempos¹. La lucha cotidiana por buscar la seguridad, o sencillamente por “sentirse seguro” siempre ha sido una constante para afrontar la inestabilidad. Así, por ejemplo, cuando en el siglo XV surgió la necesidad de “asegurar” el éxito de los negocios marítimos lo que se solía hacer era traspasar al asegurador, a cambio de dinero, la posibilidad de fracasar económicamente². Que la adquisición de una póliza nos garantice la seguridad frente a todas las variables procedentes de la inestabilidad nos sitúa en un ámbito muy operativo y real en el que es tanto o más importante “sentirse seguro” que “saber que existe la seguridad”; las personas que llegan a sentirse seguras en los entornos que habitan cuentan con una potente herramienta perceptiva que al menos les permite creer en la supervivencia, en tanto que las personas que saben que existe la seguridad en los entornos que habitan cuentan, más bien, con una herramienta conceptual que les permite saber hasta dónde y hasta cuándo podrían sobrevivir.

El problema se hace mucho más complejo cuando cada vez hay más personas que a pesar de saber que existen más medios para mantener la seguridad llegan a sentirse inseguros en muchas situaciones de la vida social. Lo anterior se explica porque los estudios sobre los riesgos más importantes de hoy en día, en el mejor de los casos, saben distinguir las situaciones de inestabilidad más conocidas y previsibles, pero si tenemos en cuenta los procesos desatados de industrialización global, aunados a la fragilidad creciente de las sociedades a padecer trastornos catastróficos, cualquier estudio, por avanzado que sea, siempre se quedará corto a la hora de prever todas las variantes de la inestabilidad. Por consiguiente, las más acertadas previsiones científicas no son capaces de anticiparse ni de abarcar la totalidad de las situaciones de inestabilidad, dado que es muy factible que queden muchos y variados márgenes de imprevisión por donde la inestabilidad se escape y se regenere en torrentes de indeterminación o incertidumbre; dichos flujos de novedad amorfa

¹ Según estudio nº 2635 del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), correspondiente al Barómetro de febrero de 2006 la mitad de los españoles (50.7%) considera que el avance científico y tecnológico durante los próximos veinte años traerá consigo muchos o bastantes riesgos para nuestro mundo. Este dato coincide con otra pregunta del mismo barómetro en la que el 57.6% de los entrevistados está bastante o muy de acuerdo con la idea de que el futuro es tan incierto que es mejor vivir al día. No hay que olvidar que la sociedad siempre se ha renovado más por los continuos desequilibrios, que por las trayectorias estables.

² En este sentido “el seguro sólo es concebible donde creemos en un futuro diseñado por los hombres. Es uno de los medios para ejecutar ese proyecto: proporciona seguridad, pero en realidad es parasitario del riesgo y de las actitudes de la gente hacia él. Aquellos que ofrecen seguros, ya sea en forma privada o sistemas estatales de bienestar, están, simplemente, redistribuyendo riesgos. Si alguien suscribe un seguro de incendios para el caso de que su casa se queme, el riesgo no desaparece” Giddens, Anthony (2002: 27).

son prácticamente incontrolables por las técnicas más probadas de evaluación y gestión de riesgos.

Lo que se pueda prever se identificará como situación de riesgo y quizá se llegue a controlar para extinguir, rebajar o gestionar sus consecuencias, pero todo lo que no se pueda ni se sepa prever formará parte de una situación de inestabilidad mucho más amplia que no se extinguirá, no se rebajará, ni se gestionarán sus consecuencias; dicha circunstancia no sólo tendrá vigencia sino que además se percibirá, se identificará y se fijará como una situación de incertidumbre, noción tanto o más relevante que el riesgo para caracterizar a nuestra época actual³.

Ante la inapelable situación de no tener la seguridad de alcanzar a gestionar tecnológica ni humanamente la totalidad de los riesgos dado que siempre quedan resquicios o márgenes de imprevisión, la realidad social se inunda de niveles inaceptables de incertidumbre debido a “la imposibilidad de predecir la emergencia de colapsos imprevistos y de resolver conflictos latentes o incontrolables” (Gil Calvo, Enrique 2003: 278). En estos climas de incertidumbre desatada juegan un papel muy relevante los medios de comunicación, no sólo por desvelar las previsiones de los riesgos menos visibles sino, básicamente, por el hecho mismo de relatar los riesgos y sus previsiones⁴.

Que la incertidumbre sea un rasgo de actualidad, incluso sea un perfil de la identidad de nuestras sociedades contemporáneas, se debe, principalmente, al hito histórico que evidenciaron los medios de comunicación de lo ocurrido el once de septiembre de 2001 en la ciudad de Nueva York; el espectáculo de las Torres Gemelas derrumbándose ante la mirada atónita del mundo entero se ha convertido en una de las imágenes idiosincrásicas de nuestra era, ya no hay que buscar acontecimientos en otro lugar ni en otra fecha, sino ese preciso acontecer, con mucha más carga de emotividad y de notoriedad que de verificaciones, cuyas imágenes continúan proyectándose e influyendo en todos los órdenes de la vida social, desde los controles aeroportuarios, pasando por los juicios anónimos de los vecinos del barrio, hasta el juicio cotidiano que nos hacemos frente al espejo del cuarto de baño antes de comenzar el día.

³ Ramón Ramos Torre (2006: 27) puntualiza el tránsito del riesgo a la incertidumbre de la siguiente manera: “nos hallamos en un proceso de cambio social que nos lleva de un tipo de sociedad caracterizada, en alguno de sus rasgos fundamentales, por la administración de riesgos hacia otro tipo que, también en alguno de sus rasgos más relevantes, arroja a la sociedad mundial a la experiencia de una incertidumbre desatada y radical, es decir, no plenamente abordable por (y eventualmente reductible a) las técnicas de administración de riesgos”.

⁴ Siguiendo al autor de *El miedo es el mensaje* “la propia transparencia aportada por los medios de comunicación incrementa la complejidad de las interacciones sociales, multiplicando la incertidumbre sobre su riesgo invisible u oculto” Gil, Calvo (2003: 278).

3. La información mediática de catástrofes

La información mediática de catástrofes no es (ni debería ser) una información catastrófica, sin embargo, siempre ha resultado muy difícil hacer una distinción clara entre los datos de pertenencia de una situación de inestabilidad y el estado de ánimo que produce la contemplación de dicha situación; y aunque técnicamente sea más fácil encontrar “catastrofismo” en una opinión interesada, maliciosa o exagerada sobre cualquier aspecto de la realidad que en una fotografía de una ciudad devastada por un terremoto, predomina la idea de que la sola transmisión mediática de la información de catástrofes genera alarmismo en los receptores.

Es cierto que la información de catástrofes suele despertar una mayor inquietud e implicación entre quienes atienden a esos datos, ya sea por el atractivo de las imágenes o porque les concierne mucho más que otros aspectos del relato informativo, pero la contemplación de dichas situaciones de inestabilidad no significa necesariamente que los receptores procesen esa información y la conviertan en conocimientos seguros y compartidos; más bien al contrario, sería de esperar que la información de catástrofes, a la larga, puede llegar a adormecer a los receptores en un estado de perplejidad, y los medios de comunicación tienen mucha responsabilidad a la hora de incentivar puntos de vista desconcertantes entre la gente debido a que estamos muy habituados a percibir grandes cantidades de información pertenecientes a muchas clases de situaciones de inestabilidad que saturan los límites de nuestras capacidades cognitivas para procesar correctamente esos datos y, en consecuencia, poder interpretarlos de forma adecuada; esta confusión mental, que no se disipa al descifrar lo que acontece en las situaciones de inestabilidad, no sólo afecta a los usuarios de los medios cuando reciben la información, sino, también, afecta a los emisores (periodistas, presentadores, redactores) en el momento de reelaborar narrativamente lo sucedido e intentar aproximar (más que explicar) a las audiencias lo sucedido en las quiebras del acontecer.

Nadie pondría en duda que la información mediática de catástrofes siempre es y será noticia, lo anterior se sostiene porque en las rutinas y lógicas periodísticas clásicas se suelen destacar los aspectos más llamativos de las quiebras del acontecer (destrucción, pérdidas económicas, daños materiales, muertes, damnificados, etc.) sin tener en cuenta que las culminaciones catastróficas tan sólo son el punto más estruendoso de un proceso mucho más largo y complejo.

No hay que olvidar que toda catástrofe es un proceso que tiene sus causas, desencadenantes, trastornos, afectaciones, consecuencias temporales a corto, mediano y largo plazo y consecuencias espaciales locales y globales. Por eso, si sólo atendemos a un solo punto de un trayecto más largo y complejo estamos entendiendo muy poco o nada de lo que realmente está sucediendo en una catástrofe.

Tenemos que reconocer que cuando apenas se tiene información sobre lo sucedido en una catástrofe se incrementa muchísimo el interés periodístico: cualquier dato es noticia, cualquier indicio se convierte en un titular. En cambio, una vez que, con el paso del tiempo, se tiene mucha más información (contrastada y fiable) para explicar lo sucedido, la catástrofe va perdiendo el interés como noticia, ya no forma parte de las primeras páginas, ni de los titulares, a lo sumo se publicará en lugares mucho menos destacados.

Por último, nadie pondría en duda, tampoco, que en la actualidad existen y se perciben mucho más catástrofes que en otros tiempos históricos, lo anterior se explicaría al considerar que no sólo tenemos mucha más información que antes, sino que también nuestras sociedades son infinitamente mucho más propensas a padecer trastornos destructivos; la fragilidad social se ha incrementado a tales niveles que un fenómeno en apariencia inocuo (piénsese en una granizada) hoy en día puede desencadenar muchos más trastornos catastróficos que en otros tiempos, y más aún, dos trastornos similares, registrados y medidos con exactitud en dos tiempos diferentes, el que ocurriese hoy en día contaría con muchas más posibilidades de llegar a tener más repercusiones catastróficas que el anterior a pesar de llevarse a cabo en el mismo espacio acotado.

4. Las situaciones de inestabilidad: de la sociedad industrial a la sociedad de la información

El incremento histórico de la fragilidad social se debe a tres causas fundamentales: a) el avance de los niveles de desarrollo científico y tecnológico; b) la mayor complejidad en las relaciones sociales y comunicativas; y, c) el aumento del interés o implicaciones individuales y colectivas de las audiencias ante las continuas y variadas situaciones de inestabilidad que dan cuenta los medios de comunicación. Para sustentar esta tesis vamos a fijarnos en la ocurrencia de dos grandes catástrofes registradas en una misma zona del planeta pero con más de un siglo de diferencia: la erupción del volcán Krakatoa (Indonesia 1883) y el Tsunami del sudeste asiático (2004). En el primer acontecimiento catastrófico estamos hablando de la

semi-destrucción de una isla cuya explosión, el 27 de agosto de 1883, desató una energía de 200 megatones (según los entendidos, diez mil veces más poderosa que la bomba de Hiroshima). Se cuenta que la explosión se escuchó en un perímetro de casi tres mil quinientos kilómetros, es decir, el estruendo pudo oírse perfectamente en Madagascar y en Australia. Los maremotos subsiguientes a la explosión alcanzaron los cuarenta metros de altura y destruyeron 163 aldeas a lo largo de la costa de Java y Sumatra, ahogando a un total de 36 mil personas. También se cuenta que la ceniza de la explosión alcanzó los ochenta kilómetros de altitud. Después de tres años de la erupción, los observadores de todo el mundo describían el crepúsculo y el alba de brillante colorido, producido por la refracción de los rayos solares en esas partículas minúsculas⁵.

A finales del siglo XIX ya existía una creciente industria periodística: cabeceras importantes de edición diaria en las principales urbes europeas y norteamericanas, y un más que destacable negocio protagonizado por las agencias de información que, al reducir tiempos y distancias en la transmisión de información, agilizaron las interacciones sociales de la creciente vida urbana; sin embargo, aún no estaban implantadas las rutinas informativas que tuvieran como objetivo conseguir una reacción e implicación inmediatas en los lectores de los periódicos de la época. Es cierto que la erupción del volcán Krakatoa tuvo su repercusión informativa en la prensa de entonces, pero nada parecido con las “repercusiones” con las que estamos acostumbrados actualmente.⁶ No obstante, la percepción de las situaciones de inestabilidad y de inseguridad en las sociedades industriales de finales del siglo XIX tenía que ver más con problemas de desigualdad social y económica entre la clase obrera y las clases dirigentes, entonces, como hizo notar Ulrich Beck (2001), la fuerza impulsora de la sociedad de clases se podía resumir en la frase: “tengo hambre”. En cambio, el movimiento que se ha puesto en marcha con la llamada sociedad del riesgo (desde el último tercio del siglo XX) se podría expresar con la frase: “estoy perplejo”.

⁵ Vale la pena citar parte del informe que realizó el ingeniero de Minas M. Verbeek y que fue publicado por el periódico *La Vanguardia* en la edición del martes, 10 junio 1884, págs. 3 y 4. “Las erupciones más fuertes fueron en número de cuatro y tuvieron efecto el 27 de agosto. La más violenta de todas fue la explosión de las diez y cinco minutos (tiempo de Batavia). Partió entonces del Krakatoa una onda aérea que, alrededor de este punto como polo, se extendió anularmente por la superficie del globo, cuya circunferencia entera recorrió tres veces y cuarto (...) Un último é importante fenómeno á que ha dado origen la erupción, es la producción de enormes olas que, cubriendo las costas bajas del estrecho de la Sonda, destruyeron multitud de *campoengs* y costaron la vida á más de 35.000 personas. La ola mayor subió en las localidades estudiadas por Verbeek hasta una altura comprendida entre 15 y 35 metros, según los lugares, su distancia al Krakatoa y el escape de la costa, propagándose hasta las mismas costas de Francia”.

⁶ Jacinto Antón cuenta que “ la erupción del volcán de Krakatoa (fue) la primera gran catástrofe natural percibida como un suceso mundial, gracias a la entonces recién nacida red de comunicaciones de largo alcance [el cable telegráfico submarino], impactó en el imaginario colectivo como no lo había hecho antes ningún otro acontecimiento similar y despertó una conciencia global. El mundo se reveló como un lugar en el que un suceso podía tener consecuencias a escala planetaria” (*El País*, 16-01-05. *Domingo*, p. 9).

La diferencia perceptual es que los sujetos del siglo XIX identificaban sus propios peligros en función de necesidades muy puntuales de subsistencia: implicación, cercanía y poco conocimiento de las situaciones de inestabilidad en las que estaban inmersos, en tanto que los sujetos de hoy en día identifican y procesan los vigentes peligros de la vida moderna apelando más al conocimiento y reconocimiento socialmente disponibles; no obstante, lo anterior no significa que la percepción social y el comportamiento individual y/o institucional sean modelos de previsión frente a las diferentes situaciones de inestabilidad que se registran continuamente.

Es cierto que se ha avanzado mucho en materia de prevención de catástrofes, pero a pesar de los avances científicos y tecnológicos, y de la memoria colectiva en estos asuntos, los trastornos ocasionados por las catástrofes ahora se suelen extender mucho más allá del perímetro de afectación física; ahora, en un perímetro más bien de afectaciones psicológicas, la información mediática de las catástrofes afecta a mucha más gente que la directamente implicada, pues gracias a los medios de comunicación se asiste y se presencia el acontecimiento destructivo como si en realidad se estuviera en el centro del trastorno; los sujetos, en calidad de audiencias aludidas, se convierten en tele-damnificados⁷ y a partir de ahí el comportamiento de esta clase de personas tiende a subjetivarse (más cercanía, más implicación y más perplejidad) para interpretar las situaciones de inestabilidad social que ocurren y se referencian continuamente en sus entornos vitales.

Quizá ahora se entienda mejor lo que apuntamos más arriba en torno a que la erupción del volcán Krakatoa tuvo su repercusión informativa en la prensa de entonces, pero nada parecido con las “repercusiones” con las que estamos acostumbrados actualmente, porque aunque los periódicos de la época registraran referencias puntuales de dicho fenómeno volcánico, las habilidades perceptivas de aquellos sujetos, en el momento de identificar y sentirse implicados con las quiebras del acontecer, estaban copadas con otra clase de temas e intereses⁸.

⁷ El concepto de “sociedad tele-damnificada” lo he desarrollado en: Lozano Ascencio, C. “La tele-damnificación: victimismo frente a la incertidumbre social” en Pérez- Amat, R. Núñez, Puente, S. García Jiménez, A. (Coords.) *Comunicación, identidad y género*. Ed. Fragua. Madrid, 2008, 155- 168 pp.

⁸ No hay que olvidar que el gran impulso industrial que comenzó a disfrutar la prensa de finales del siglo XIX estuvo acompañado necesariamente de una estrategia editorial que tuviera como finalidad que los posibles receptores de las principales cabeceras de la época comenzaran a sentirse mucho más implicados con los temas relacionados. Al principio (como sucedió en el caso de Joseph Pulitzer) se trató de involucrar a sus posibles lectores en temas que conmovieran la atención de los individuos con asuntos o referentes que tenían que ver más con la ciudad de Nueva York, entorno social y cultural cercano a los lectores; después con las iniciativas empresariales con base a la inventiva provocadora de W. Randolph Hearst, el amarillismo informativo conoció el inicio de la implicación a distancia debido a la información distribuida por los medios de comunicación. Se fue expandiendo el perímetro de afectaciones físicas y psicológicas procurando que los receptores estuvieran más conmovidos y gratificados que informados con el contenido de los mensajes

Nótese, además, que la erupción del Krakatoa en realidad tuvo una afectación global esparciendo ceniza por todo el orbe después de treinta meses, pero dicha mancha atmosférica de polvo, aunque visible para todo el mundo, sólo fue detectable para quienes mayor conocimiento científico tenían al respecto. ¿Qué pasaría si la erupción del volcán Krakatoa hubiese tenido lugar en nuestra época? Sin dudas se convertiría en la peor y más grande catástrofe ocurrida en la Historia de la Humanidad a pesar de haber acaecido ya hace un siglo y cuarto. Lo anterior se sostiene por la tesis expuesta más arriba a propósito de la fragilidad creciente de las sociedades a padecer trastornos catastróficos, es decir, el incremento a sufrir catástrofes tiene mayores consecuencias destructivas aunque el fenómeno citado sea un calco del registrado anteriormente, es decir, se destruyen mucho más cosas porque, fundamentalmente, hay más cosas por destruir y también porque la obra humana cada vez es más susceptible de ser destruida.

Para no especular, nos centraremos ahora en el segundo acontecimiento catastrófico citado, el tsunami del sudeste asiático, acaecido el 26 de diciembre de 2004. Lo originó un terremoto de 9.3 grados en la escala de Richter, con epicentro en la costa del oeste de Sumatra, Indonesia y fue la segunda magnitud más grande registrada desde la existencia del sismógrafo. También fue el seísmo de más larga duración en lo que a fallas geológicas se refiere, pues se prolongó entre 8 a 10 minutos. Dicho terremoto ocasionó una serie de tsunamis devastadores, con olas que llegaron a los treinta metros, en las costas de la mayoría de los países que bordean el Océano Índico, matando a una gran cantidad de personas a su paso, e inundando muchas comunidades costeras del sur y sureste de Asia, incluyendo partes de Indonesia, Sri Lanka, India y Tailandia. Aunque las primeras estimaciones habían determinado el número de muertes en más de 275.000, sin contar a los millares de personas desaparecidas; un análisis más reciente generado por la ONU deja a un total de 229.866 pérdidas humanas, incluyendo 186.983 muertos y 42.883 personas desaparecidas.

publicados. Este estilo, poco periodístico pero muy rentable, se instauró como referencia narrativa en la reconstrucción de las quiebras del acontecer precisamente en uno de los momentos más desagradables y desgarradores de la convivencia humana: la Primera Guerra Mundial. Reconstruir narrativamente la primera confrontación bélica de dimensiones mundiales ocurrida hasta entonces a partir de mensajes con apelaciones emotivas, exageraciones e indiferencias que rayaban las falsedades e imprecisiones, ocasionó que los lectores de los periódicos, dejaran de darle crédito a las informaciones. No obstante, este estilo narrativo tan rentable y tan llamativo para los lectores no ha desaparecido, lo que ha sucedido, desde entonces, es que los estilos periodísticos han evolucionado y han hecho más sofisticados y complejos sus relatos.



Imagen 1
Tsunami 2004 costas del sudeste asiático

La cobertura informativa de esta catástrofe contemporánea tuvo un efecto muy diferente en la opinión pública internacional si lo comparamos con lo que sucedió con la erupción del volcán Krakatoa. Las catástrofes en los tiempos que corren van tomando forma mediante un goteo de datos hasta convertirse en un gran torrente de mensajes que, como si se tratase de una riada informativa, desborda por acumulación la percepción y la comprensión de lo que está ocurriendo. No hay que olvidar que cuando la reconstrucción mediática de catástrofes está en condiciones de explicar con más detalles y perspectivas los trastornos ocurridos, ha pasado un tiempo (para unos un lapso prudencial y razonable y para otros un periodo desperdiciado), en el que cualquier nuevo dato ha disminuido su cualidad noticiable.

Aunque se podría estar en mejores condiciones de ofrecer conocimientos para ensanchar medidas preventivas, para intentar cerrarle el paso a la irrupción de nuevos trastornos, el interés periodístico (novedad por cuestionar) se impone su celeridad sobre el interés científico (novedad cuestionada). De hecho, cuando se cumplen efemérides los medios de comunicación vuelven a utilizar los mismos recursos narrativos para recordar los momentos más llamativos y espectaculares de las catástrofes, pero en pocas ocasiones se utilizan para incrementar el nivel de conocimiento y de prevención de trastornos destructivos.

Para el caso que nos ocupa, no sólo hay que detenerse a analizar lo que los medios de comunicación registraron y transmitieron en el plano profesional, sino además hay que analizar, en el plano amateur, las imágenes (fotografías y vídeos) registradas por los damnificados y los testigos presenciales de las grandes olas; no hay que olvidar que el tsunami sucedió en un lapso de tiempo muy específico, pero tuvo un perímetro de afectación muy amplio; estas características, aunadas a las dotaciones tecnológicas de la mayoría de los turistas, hicieron posible que se conocieran muchos más focos de atención sobre dicho

fenómeno que tuvieron cabida en los relatos de las grandes televisiones de emisión internacional.

Aunque la erupción del volcán Krakatoa de 1883 y el Tsunami del sudeste asiático de 2004 fueron dos fenómenos naturales relativamente similares que ocurrieron en una misma zona del planeta, las afectaciones materiales y humanas del segundo, con respecto al primero, fueron muy diferentes: muchas más pérdidas humanas y económicas registradas, coberturas informativas mucho más extensas, detalladas y con retransmisiones más próximas en el tiempo y, lo más importante, un público observador (mediático) mucho más amplio y predispuesto a sentirse implicado por el acontecimiento catastrófico.

Más arriba decíamos que gracias a los medios de comunicación se asiste y se presencia el acontecimiento destructivo como si en realidad se estuviera en el centro del trastorno, y que los sujetos, en calidad de audiencias aludidas, se convertían en una especie de damnificados a distancia. Esta particular manera de estar informado en la sociedad de la información, al menos en relación a lo que tiene que ver con el acontecer de catástrofes, ocasiona en los receptores una confusión perceptual que facilita el surgimiento de un “victimismo”, ciertamente superficial, que explica y justifica que gran cantidad de receptores interpreten el mundo que les rodea apelando más a la subjetividad y a la emotividad que al razonamiento, el análisis o la objetividad.

5. La fragilidad social y la vulnerabilidad individual

La fragilidad social, tesis de esta comunicación, se manifiesta también en una fragilidad individual o vulnerabilidad personal para sentirse afectado frente a muchos de los asuntos que relatan los medios de comunicación; dicha fragilidad individual, producto de una época en la que la información no cesa de fluir, se debe a que la percepción e interpretación que hacen los sujetos, de manera aislada del acontecer público y de catástrofes, está condicionada por ciertas “claves” o “registros” narrativos que le ayudan a identificar el entorno, incluso cuando los temas a percibir no necesariamente se refieran al acontecer de catástrofes.

Dicho en otras palabras, hoy más que en ninguna otra época histórica contamos con mucha más información a propósito de lo que causa catástrofes y, sobre todo, de las culminaciones catastróficas, pero eso no significa, necesariamente, que sepamos más de ellas que en otras épocas y, ni mucho menos, que sepamos evitarlas o atenuarlas con un éxito

asegurado; no obstante, el exceso de información sobre catástrofes lo que sí produce en las habilidades perceptivas de los sujetos es que homogenicen y simplifiquen la complejidad social en un plano lineal de interpretación, es decir, un plano en el que se podría afirmar que todo es catástrofe o todo es susceptible de interpretarse como tal; hay que entender que las catástrofes de antaño, para los sujetos de otras épocas, se consideraban experiencias únicas e irrepetibles, hoy en día, para nosotros, son básicamente noticias. Por lo mismo, un testigo presencial de la erupción del Krakatoa interpretaría lo visto como algo único e irrepetible, sin embargo, para un telespectador de hoy en día lo sucedido en el tsunami de 2004 se podría equiparar con la riada de un pueblo de Zamora, con la nevada del aeropuerto de Seattle, con el casco partido de un petrolero hundido en altamar, etc. Los telespectadores, para el cúmulo de experiencias registradas vitalmente, no advierten demasiadas diferencias.

Los sujetos suelen colocar en un mismo y muy amplio nivel toda clase de asuntos que incitan miedo, sean detectados como peligros o se interpreten como posibles amenazas para su integridad y/o continuidad. El hecho de equiparar perceptivamente “temores” de naturalezas tan dispares como “sufrir un asalto en el casco urbano de una gran ciudad” con “verse afectado por el calentamiento climático del planeta” pone de relieve que cualquier avatar social o natural puede ser considerado como una situación de inestabilidad. Ya hemos dicho que los grados de implicación y de reflexividad de los sujetos, frente a las quiebras del acontecer, están mediados, mayoritariamente, por los discursos de los medios de comunicación, por lo que en el momento en que los sujetos opinan y se posicionan, sobre las principales fuentes de inestabilidad, suelen mezclar la implicación con el conocimiento. Por lo tanto, el grado de implicación no sólo se determina por la experiencia sino también por el nivel de información y conocimiento y, además, el grado de reflexividad no sólo se debe a los niveles de información y conocimiento sino sobre todo por el resultado de haber “tele-experimentado” una determinada situación de inestabilidad.

La fragilidad individual o vulnerabilidad personal no sólo se manifiesta con la homogenización y simplificación de la complejidad social, habría que añadir que también se expresa con la postergación de los compromisos de cada quien. Vivimos en una época en la que, al menos en apariencia, la “exteriorización de la solidaridad” se ha convertido en uno de los valores que más cotizan a la alza. Adosadas a las imágenes de las continuas destrucciones catastróficas que nos ofrecen los medios de comunicación suelen aparecer imágenes que recogen la respuesta “humanitaria” de la gente que desinteresadamente ofrece su ayuda. En España, mucha gente mantendrá en su memoria las imágenes de los madrileños regalando

libros en la Puerta del Sol para los niños damnificados del Huracán Mitch, de la gran cantidad de jóvenes voluntarios limpiando las costas gallegas de chapapote, de los ciudadanos consternados formando largas colas para donar sangre después de los atentados del 11-M, etcétera.

Los sujetos se desentienden gradualmente de tener una actitud más activa, crítica, racional y responsable frente a las eventualidades que acaecen en los entornos (sociales y naturales) que les circundan. Se suelen destacar como más importantes aquellas situaciones de inestabilidad con las que la gente se siente más implicada (cultural y medioambientalmente) frente a las situaciones de inestabilidad que puedan llegar a tener mayor información, sean o no quiebras del acontecer en entornos próximos. Por lo tanto, el exceso de información procedente de las quiebras del acontecer, no sólo inhibe la reflexividad de los sujetos sino que incita su posicionamiento emotivo frente a las situaciones de inestabilidad; dichas posturas irreflexivas acarrearán que el sujeto no sólo determine la importancia de una quiebra del acontecer porque le implica, sino además dicha implicación le ayuda a decidir (reflexivamente) que esa situación no es importante (“he decidido que eso no va conmigo”); también se puede dar el caso contrario dado que la información disponible de una quiebra del acontecer distante le ayuda a decidir (reflexivamente) que dicha situación es muy importante para él (“he decidido que eso va conmigo”).

6. En conclusión

El progreso de la fragilidad social y de la vulnerabilidad individual, como hemos visto, no sólo se deben a los avances científicos y tecnológicos de cada época y a la complejidad en las relaciones sociales y comunicativas, sino, más bien, al aumento del interés de los sujetos ante las continuas y variadas situaciones de inestabilidad transmitidas por los medios de comunicación. La presencia permanente y mediática de temas de inestabilidad social ha conseguido que esos asuntos se conviertan en poderosas claves narrativas para que la gente no sólo configure su percepción de la realidad inestable, sino que además intente comprender la realidad estable influenciada por esas mismas claves narrativas; en consecuencia, las apreciaciones que hacen los individuos a propósito de las situaciones inestables suelen incrementar históricamente los niveles de vulnerabilidad real, sobre todo porque se dejan

influenciar por el punto de vista de los medios de comunicación y con ello homogenizan la complejidad social y postergan sus acciones individuales supuestamente más comprometidas.

Referencias

- ALLÈGRE, Claude. (2007). *La sociedad vulnerable. Doce retos de política científica*. Barcelona: Paidós.
- ANTÓN, Jacinto (2005). "Krakatoa, el viejo padre del gran 'tsunami'". *El País*, 16-01-05. Domingo.
- BECHMANN, Gotthard (2004). "Riesgo sociedad posmoderna". En: Luján J. L. y Echevarría J. (eds.) *Gobernar los riesgos. Ciencia y valores en la sociedad del riesgo*. Madrid: OEI. Biblioteca Nueva
- BECK, Ulrich (2004). "La sociedad del riesgo mundial reexaminada: la amenaza terrorista". En: Luján J. L. y Echevarría J. (eds.) *Gobernar los riesgos. Ciencia y valores en la sociedad del riesgo*. Madrid: OEI. Biblioteca Nueva.
- BECK, Ulrich (2001). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona. Paidós.
- CIS Centro de Investigaciones Sociales. Estudio nº 2635, correspondiente al Barómetro de febrero de 2006.
- FARRÉ COMA, Jordi. (2005). "Comunicación de riesgo y espirales del miedo". En: *Comunicación y Sociedad*, nº 3, Guadalajara, enero-junio.
- GIL CALVO, Enrique. (2003). *El miedo es el mensaje. Riesgo, incertidumbre y medios de comunicación*. Madrid: Alianza.
- GIDDENS, Anthony (2002). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- IMBERT, Gerard. (2002). "Azar, conflicto, accidente, catástrofe: figuras arcaicas en el discurso posmoderno (entre lo eufórico y lo disfórico)". En: *Trama y Fondo*, nº 12, Madrid. 19-30 pp.
- LOZANO ASCENCIO, C. (2004). "La cultura del riesgo global a las catástrofes" en *Incorporación del componente de riesgos en la escuela*. Universidad Nacional de Colombia. Programa de Fortalecimiento de la Capacidad Científica en la Educación Básica y Media-Red. Bogotá.
- LOZANO ASCENCIO, C. (2005). "Aportaciones para una historia del Acontecer Catastrófico". En: Fidalgo, Antonio y Serra, Pualo (org.) *ACTAS DO III SOPCOM, VI LUSOCOM e II IBÉRICO, Volume III "VISÕES DISCIPLINARES"* Covilhã, Universidade da Beira Interior, 89-97 pp.
- LOZANO ASCENCIO, C. (2006). "Entornos urbanos y sociedad del riesgo". En: *III Jornadas de Ingeniería y Sociedad*. Madrid: Fundación Técnica Industrial, pp.175-191.
- LOZANO ASCENCIO, C. *et al.* (2007). "Incertidumbre y comunicación. Dominios de supervivencia y estructuración del acontecer". En: *Diálogos de la Comunicación*, nº 75, Septiembre-Diciembre 2007 <<http://www.dialogosfelafacs.net/75/articulos/pdf/75CarlosLozano.pdf>>.

LOZANO ASCENCIO, C. (2008). "La tele-damnificación: victimismo frente a la incertidumbre social". En: Pérez- Amat, R. Núñez, Puente, S. García Jiménez, A. (coords.) *Comunicación, identidad y género*. Madrid: Fragua, pp. 155- 168.

LOZANO ASCENCIO, C. (2008). "El medio ambiente como una referencia dominante en la construcción social del acontecer catastrófico". En: Carabaza, J. y Lozano, J. C *Comunicación y Medio Ambiente. Reflexiones, análisis y propuestas*. México: ITESM (en prensa).

PIÑUEL RAIGADA, J. L. y Lozano Ascencio, C. (2006). *Ensayo general sobre la comunicación*. Barcelona. Paidós.

RAMOS TORRE, Ramón. (2006). "La deriva hacia la incertidumbre de la sociedad del riesgo" en Ruano Gómez, J. D. (dir.) *I Jornadas sobre gestión de crisis. Más allá de la sociedad del riesgo*. A Coruña. Universidade da Coruña. 27-43 pp.

RODRIGO ALSINA, Miquel (1989). *La construcción de la noticia*. Barcelona: Paidós.

RUANO, Juan de Dios (ed.) (2005). *Riesgos colectivos y situaciones de crisis: el desafío de la incertidumbre*. A Coruña: Universidade da Coruña.